

LOS NIÑOS DEL VERANO

DOT HUTCHISON

LOS NIÑOS DEL VERANO

Traducción de Graciela Romero

Título original: *The Summer Children*

© 2018, Dot Hutchison

Esta edición es posible mediante un acuerdo de licencia originado por Amazon Publishing. www.apub.com, en colaboración con Sandra Bruna Agencia Literaria.

Traducido por: Graciela Romero Saldaña

Diseño de portada: Damon Freeman

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: junio de 2020
ISBN: 978-607-07-6772-2

Primera edición impresa en México: junio de 2020
ISBN: 978-607-07-6744-9

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, compañías, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente. Cualquier semejanza con situaciones actuales, lugares o personas —vivas o muertas— es mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

*Para C. V. Wyk.
¡Míranos! ¡Lo logramos!*

Había una vez una niñita que le tenía miedo a la oscuridad.

Lo cual era una tontería y hasta ella lo sabía. En la oscuridad no hay nada que pueda lastimarte que no esté también cuando hay luz. Es sólo que no puedes verlo con anticipación.

Quizás eso era lo que odiaba: estar a ciegas e indefensa.

Siempre indefensa.

Pero las cosas empeoran en la oscuridad, ¿verdad? Las personas siempre son más honestas cuando nadie puede verlas.

Cuando había luz, su mamá sólo suspiraba y moqueaba por la tristeza, parpadeando para contener las lágrimas, pero en la oscuridad sus sollozos cobraban vida, huían de su habitación y se escondían en las esquinas de la casa, donde el viento los arrastraba para que todos pudieran escucharlos. Algunas veces, a continuación, acechaban los gritos, pero por lo general su mamá no tenía el valor necesario ni siquiera en la oscuridad.

Y su papá...

Cuando había luz, su papá siempre lo lamentaba, siempre se disculpaba con ella y con su madre.

Lo lamento, nena, no quise hacerlo.

Lo lamento, nena, es que me enojé.

Mira lo que me hiciste hacer, nena, lo lamento.

Lo lamento, nena, pero es por tu bien.

Él lamentaba cada pellizco y cada golpe, cada bofetada y cada azote, cada maldición y cada insulto. Pero las disculpas se reservaban para cuando había luz.

En la oscuridad era papi, era total y verdaderamente él.

Así que quizá no era una tontería después de todo, porque ¿no es más inteligente tenerles miedo a las cosas verdaderas? Si tienes miedo de algo cuando hay luz, ¿no es lógico tenerle más miedo en la oscuridad?

Las carreteras del Distrito de Columbia no suelen estar tranquilas en ningún momento del día, pero poco después de la medianoche en un caluroso jueves de verano, en la 1-66 no hay mucho tráfico, en especial tras pasar Chantilly. Junto a mí, Siobhan habla y habla con satisfacción sobre el club de jazz del que acabamos de salir, la cantante a la que fuimos a ver y lo maravillosa que estuvo, y yo asiento y suelto murmullos de aprobación en las pausas. El jazz no es lo mío, por lo general prefiero algo más estructurado, pero a Siobhan le encanta y organicé esta cita como una especie de disculpa por haber tenido que trabajar las últimas noches en las que se suponía que saldríamos juntas. Las madres de mi última casa hogar siempre me decían que las relaciones requieren de un esfuerzo consciente. En ese tiempo, no entendí a cuánto esfuerzo se referían.

Mi trabajo no se presta para tener citas normales por las noches, pero lo intento. Siobhan también es agente del FBI, y en teoría debería entender estas constantes limitaciones, pero ella trabaja en el área de traducción de Contraterrorismo de lunes a viernes, de ocho a cuatro treinta, y no siempre recuerda que mi trabajo en la Unidad de Delitos contra Menores no se parece en nada al suyo. Nuestra relación ha pasado por un periodo difícil en los últimos seis meses, pero puedo soportar una noche de música que no me agrada si eso la hace feliz.

El tema de su continua charla cambia al trabajo, y mis sonidos de aprobación se vuelven un poco más distraídos. Todo el tiempo hablamos sobre su trabajo; no sobre los detalles de lo que está traduciendo, sino sobre compañeros, fechas de entrega y otras cosas que no harán que los de Asuntos Internos se preocupen de si está filtrando información. Sin embargo, nunca hablamos del mío. Siobhan no quiere saber nada sobre las horribles cosas que la gente les hace a los niños ni sobre la horrible gente que las hace. Puedo hablar sobre mis compañeros, nuestro jefe de unidad y su familia, pero incluso le molesta que le cuente de las bromas que hacemos en la oficina cuando en nuestros escritorios hay carpetas llenas de horrores.

Después de tres años, ya estoy acostumbrada a esta desigualdad en nuestra relación, pero siempre la noto.

—¡Mercedes!

Al escucharla subir el volumen, mis manos se tensan sobre el volante mientras miro a un lado y al otro de la oscura calle que nos rodea, pero estoy demasiado entrenada como para permitir que el sobresalto me obligue a dar un volantazo.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—¿Me estabas escuchando? —pregunta molesta, volviendo a su volumen normal.

La respuesta es no, pero no voy a admitirlo.

—Tus jefes son unos imbéciles ignorantes que no distinguirían el pastún del farsi aunque su vida dependiera de ello, y tienen que dejarte trabajar en paz o aprender a traducir ellos mismos.

—Si eso es lo único que se te ocurre, me he estado quejando demasiado de ellos.

—¿Me equivoco?

—No, pero eso no significa que me estuvieras escuchando.

—Perdón. —Suspiro—. Ha sido un día muy largo y despertar temprano será horrible.

—¿Por qué nos vamos a despertar temprano?

—Tengo un seminario en la mañana.

—Ah. Tú y Eddison hicieron un tú y Eddison.

Es una forma de decirlo. Bastante acertada.

Porque, al parecer, cuando tu compañero/jefe de equipo te pide un reporte, es inapropiado decirle que no meta su pito donde no lo llaman. Y, de hecho, es inapropiado que la respuesta automática de dicho compañero/jefe de equipo sea: «Relaja la raja, hermana». Y es particularmente inapropiado si el jefe de área va pasando por la oficina de planta abierta y escucha la conversación.

Para ser sincera, no estoy segura de quién se rio más después: Sterling, nuestra compañera junior, quien vio todo y se tuvo que esconder tras la seguridad de un cubículo para disimular su risita, o Vic, nuestro antiguo compañero/jefe y ahora jefe de unidad, que estaba junto al jefe de área y mintió con descaro al decir que nunca había pasado algo así.

No sé si el jefe de área le creyó o no, pero a Eddison y a mí nos mandaron al próximo seminario trimestral sobre acoso sexual. Otra vez. Claro, no somos el agente Anderson, quien ya tiene su nombre en el respaldo de una silla y se lleva de tú con todos los instructores, pero los dos terminamos ahí con demasiada frecuencia.

—¿Todavía hay apuestas respecto a si ustedes dos andan o no?
—me pregunta Siobhan.

—Varias —respondo con una risita—. Y al menos una es para adivinar la fecha en que nuestra latente tensión sexual terminará ganándonos.

—¿O sea que debo esperar un mensaje uno de estos días disculpándote por haberte echado encima de él?

—Creo que acabo de sentir un poco de vómito en mi boca.

Siobhan se ríe y levanta una mano para quitarse los prendedores del cabello, dejando que sus rizos rojos caigan alrededor de su cara.

—Si vas a despertarte más temprano de lo normal, ¿necesitas llevarme de regreso a Fairfax hoy?

—¿Si no cómo irás a tu trabajo? Nos vinimos en mi carro directo de la oficina.

—Cierto. Pero la pregunta sigue en pie.

—Me gustaría que te quedaras en mi casa —le digo, quitando una mano del volante para darle un tirón a uno de sus rizos—, siempre y cuando no te importe que durmamos.

—Me gusta dormir —comenta con indiferencia—. Intento hacerlo cada noche, si es posible.

Mi respuesta a su comentario es digna y madura: le saco la lengua. Ella se ríe y aleja mi mano.

Vivo en un barrio tranquilo a las afueras de Manassas, Virginia, como a una hora del Distrito de Columbia, y casi en cuanto salimos de la interestatal, nos convertimos en el único auto en el camino durante varios minutos. Siobhan se reacomoda en su asiento cuando pasamos por el barrio de Vic.

—¿Te conté que Marlene se ofreció a hacerme un postre de frambuesa para mi cumpleaños?

—Yo estaba ahí cuando te lo ofreció.

—El postre de frambuesa de Marlene Hanoverian —dice con aire soñador—. Me casaría con ella si le gustaran las mujeres.

—¿Y si no te llevara más de cincuenta años?

—Esos más de cincuenta años le han enseñado a hacer los mejores cannoli de pistache del mundo. No tengo ningún problema con esas décadas extra.

Giro en mi calle. A esta hora de la noche, la mayoría de las casas tienen las luces apagadas. Aquí vive una mezcla de jóvenes profesionistas en su primera casa, padres cuyos hijos ya han abandonado el hogar y jubilados que decidieron buscar algo más chico. Las casas son más cabañas que otra cosa, con sólo una o dos habitaciones, y parecen flores solitarias en medio de los enormes jardines. Yo no consigo mantener viva una planta por más que lo intento, incluso tengo prohibido tocar las numerosas plantas del departamento de Siobhan, pero mi vecino de al lado, Jason, cuida mi jardín y el área verde compartida entre su casa y la mía a cambio de que lo ayude a lavar y coser su ropa. Es un anciano agradable, activo y un poco solitario desde que murió su esposa, y creo que a ambos nos gusta este intercambio.

El camino de entrada está a la izquierda de la casa y se extiende más allá de la pared trasera, lo suficiente para que ahí quepa un auto. Mientras apago el motor, automáticamente reviso las puertas corredizas de cristal del porche trasero y confirmo que todo se vea en orden. Este trabajo trae implícito cierto nivel de paranoia, y

en los días buenos, cuando rescatamos niños y los llevamos a sus casas a salvo, parece un precio justo.

Todo parece estar en su lugar, así que abro la puerta del auto. Siobhan toma nuestros portafolios del asiento trasero y se adelanta hacia la entrada de la casa.

—¿Crees que Vic traerá algo cocinado por su mamá mañana?

—¿Hoy? Es muy probable.

—Mmm, me caería muy bien un pan danés. O... ¡ayyyy! Esos rollitos de queso crema y moras.

—Marlene ya se ha ofrecido a enseñarte a hacer postres, ¿te acuerdas?

—Pero siempre le saldrán mejor a ella. —Siobhan pasa junto al sensor de movimiento y la luz del porche se enciende mientras ella me lanza una sonrisa por encima del hombro—. Además, no pasaría de la parte de hornear aunque quisiera, me lo comería... ¡Ay, Dios!

Suelto mi bolsa, pistola en mano y con el dedo sobre el seguro, antes de siquiera pensarlo. Bajo el brillo de la luz del porche, veo una sombra sentada en la banca columpio. Paso despacio junto a Siobhan, con el arma apuntando hacia abajo, hasta que puedo ver a través del barandal con más claridad. Cuando mis ojos al fin se acostumbran a la luz, casi dejo caer el arma.

Madre de Dios, hay un niño en mi porche y está cubierto de sangre.

El instinto me dice: «Corre por la criatura, tómala en tus brazos y protégela del mundo, revisa si tiene heridas». Mi entrenamiento me dice: «Espera, haz las preguntas, no alteres la evidencia que ayudará a encontrar al imbécil que le hizo esto». A veces, ser una buena agente se parece mucho a ser una persona sin corazón, y es difícil convencerte de que no es así.

El entrenamiento gana. Casi siempre lo hace.

—¿Te lastimaron? —pregunto, acercándome más—. ¿Estás con alguien?

El niño levanta la cabeza y su cara es como una horrenda máscara de sangre, lágrimas y moco seco. Solloza y sus hombros flacuchos tiemblan.

—¿Eres Mercedes?

Sabe mi nombre. Está en mi porche y sabe mi nombre. ¿Cómo?
—¿Te lastimaron? —repito, para darme tiempo de procesarlo.

La criatura sólo me mira con los ojos muy abiertos y llenos de miedo. Estoy casi segura de que es un niño, aunque es difícil saberlo desde aquí; está en pijama, con una enorme playera azul y unos pantalones de algodón a rayas, todo manchado de sangre, y se abraza a algo, aferrándose a lo que quiera que sea. Entre más me acerco, más se incorpora, y en el tercer escalón al fin puedo ver lo que trae entre los brazos: es un oso de peluche, blanco en las partes en que no está manchado de rojo y café por la sangre, con una nariz de corazón, unas alas doradas de ese material brillante que cruje al tocarlo y un halo.

Por Dios.

El patrón de sangre salpicada en su camisa es alarmante, aún más que el resto, porque son franjas gruesas que recuerdan al chorro que sale de una arteria abierta. La sangre no puede ser suya, lo cual es casi reconfortante, pero, aun así, es de alguien. El niño tiene la clase de estructura ósea pequeña que sugiere que quizá sea mayor de lo que se ve; supongo que tiene diez u once años. Debajo de la sangre y la sorprendente palidez, parece estar lleno de moretones.

—¿Podrías decirme tu nombre, cariño?

—Ronnie —masculla—. ¿Eres Mercedes? Ella me dijo que vendrías.

—¿Ella?

—Ella me dijo que Mercedes vendría y yo estaría a salvo.

—¿Quién es «ella», Ronnie?

—El ángel que mató a mis padres.

Un quejido agudo me recuerda de pronto que, oh, cierto, Siobhan está detrás de mí, la misma Siobhan a la que no le gusta que le cuente sobre mi trabajo y que no puede ver un comercial que pide ayuda para los niños desnutridos en África sin ponerse a llorar.

—¿Siobhan? ¿Puedes sacar nuestros teléfonos, por favor?

—¡Mercedes!

—¿Por favor? Los tres teléfonos. ¿Y me pasas el de mi trabajo?

En realidad, en vez de pasármelo, me lo avienta, y cuando aterriza en mi costado, yo lo atrapo con torpeza con la mano izquierda. No puedo guardar el arma hasta saber que el área está despejada, y no puedo revisar la casa porque dejaría a Siobhan y a Ronnie desprotegidos. Siobhan no carga pistola.

—Gracias —digo, usando el típico tono de voz tranquilizador de agente y esperando que no me golpee por eso más tarde. A ella le parece que eso es manipulación; yo creo que es mejor que dejar que la otra persona entre en pánico—. ¿Podrías abrir las notas de mi teléfono? Escribe el nombre de Ronnie y prepárate para anotar una dirección. Cuando la tengas, llama al 911, dales nuestros nombres y diles que somos agentes del FBI.

—Yo no soy agente de campo.

—Lo sé, sólo necesitan saber que somos de la policía. Espera, déjame ver si consigo todo lo que van a necesitar. —Observo a Ronnie, quien está a punto de sacarle el relleno a su osito de tanto apretarlo. No se ha movido ni un milímetro de su lugar,

y no hay huellas de sangre a su alrededor ni en los escalones. Aunque tiene manchas de sangre seca en sus pies desnudos, no hay huellas de pisadas—. ¿Sabes tu dirección, Ronnie? ¿Cómo se llaman tus padres?

Tras unos minutos, me da los nombres, Sandra y Daniel Wilkins, y suficiente información sobre su dirección como para que sea útil; aún puedo escuchar a Siobhan lloriqueando mientras lo anota en mi teléfono.

—Llama a emergencias —le pido.

Ella asiente nerviosa y se aleja por el camino de entrada con su teléfono en la oreja y el mío en su mano temblorosa para leer en él la información. Por un momento, la pierdo de vista en donde el camino llega a la calle, pero luego alcanzo a ver su cabeza avanzando hasta la curva, donde se detiene bajo la luz de la lámpara de la calle. Algo es algo, aunque preferiría que estuviera más cerca. No puedo protegerla desde aquí.

—¿Ronnie? ¿Te lastimaron?

Él me mira confundido, pero un segundo después rompe el contacto visual. Ah, conozco ese lenguaje corporal.

—¿Algo de esa sangre es tuya? —intento aclarar, porque se puede lastimar a un niño de muchas formas.

Él niega con la cabeza.

—El ángel me obligó a ver. Me dijo que yo estaría a salvo.

—¿Antes no estabas bien? ¿Antes de que llegara el ángel?

Levanta un hombro en un gesto indeciso sin quitar los ojos del suelo.

—Tengo que alejarme un poco para llamar a mi compañero del trabajo. ¿Está bien, Ronnie? Él me va a ayudar a asegurarme de que estés a salvo. Me quedará donde alcances a verme, ¿sí?

—¿Y estoy a salvo?

—Te prometo que, mientras estés aquí, nadie te va a tocar sin tu consentimiento, Ronnie. Nadie.

No sé si me crea o lo entienda siquiera; no creo que el consentimiento sea algo que le hayan enseñado sus padres, pero asiente, se acurruca sobre el oso de peluche, y me mira a través de los mechones de su cabello dorado mientras avanzo por el camino de entrada hasta un punto donde alcanzo a ver con claridad tanto

a él como a Siobhan. Con el arma aún apuntada hacia el suelo, enciendo el teléfono y presiono el 2 para llamar a Eddison, quien contesta al tercer timbrazo.

—No puedo librarnos del seminario, ya lo intenté.

—Hay un niño ensangrentado en mi porche. Un ángel lo obligó a ver cómo mataba a sus padres y luego lo trajo hasta aquí para que me esperara.

Hay un largo silencio y en el fondo escucho lo que parece ser el análisis de un partido de beisbol en la televisión.

—Vaya —dice al fin—. De verdad no quieres ir a ese seminario.

Me muerdo el labio, pero no alcanzo a contener una risa ahogada.

—Siobhan está llamando a emergencias.

—¿Lo lastimaron?

—Esa es una pregunta complicada.

—¿De nuestra clase de complicación?

—Es muy probable.

—Llego en quince.

La llamada termina y, a falta de bolsillos en mi pequeño vestido negro, guardo el teléfono bajo el tirante derecho de mi bra-sier, de donde puedo sacarlo sin soltar el arma. Vuelvo al porche y me siento en el escalón de arriba. Tras un momento, me acomodo para poder ver tanto al niño como el final del camino del entrada, con la espalda recargada en el poste del barandal.

—La ayuda llegará pronto, Ronnie. ¿Me puedes contar sobre el ángel?

Él niega con la cabeza otra vez y abraza su oso con más fuerza. Hay algo en ese peluche, algo que... oh. La sangre no salpicó al oso. Todas las manchas en el peluche se deben a que el niño lo embarró con los brazos y la cara, así que es probable que el oso tenga la espalda llena de sangre, pero Ronnie no lo traía cuando sus padres fueron atacados.

—¿El ángel te dio ese oso, Ronnie?

El niño levanta la vista, me sostiene la mirada por un instante y luego clava los ojos en el suelo, pero tras un momento asiente.

¡Me lleva la chingada! Nuestro equipo les da osos de peluche a las víctimas, o a sus amigos y hermanos, cuando tenemos que entrevistarlos, pues eso les da un poco de consuelo: es algo que pueden sostener, abrazar o, en el caso de una chica de doce años, aventarle a Eddison a la cara. Pero ¿darle un oso a un niño después de matar a sus padres frente a él?

Y dijo que fue una mujer. Si tiene razón, es algo poco común.

Eddison llega en su carro y se estaciona a varias casas de la mía para no estorbarles a los vehículos de emergencia, que ya deben estar cerca. Vivimos a quince minutos uno del otro; con un vistazo al teléfono, compruebo que han pasado menos de diez desde que terminó la llamada. Ni siquiera voy a preguntarle cuántas leyes de tránsito acaba de romper. Trae jeans y unos tenis con las agujetas desatadas, pero tiene su placa prendida al cinturón y un rompevientos del FBI para recuperar la autoridad que le quita su camiseta de los Nationals. Cuando se acerca, noto que trae la mano sobre el arma enfundada, y se detiene un momento para hablar con Siobhan. No son, y probablemente nunca serán, amigos, pero se llevan bastante bien si se tiene en cuenta que las únicas cosas que comparten somos yo y el FBI.

Cuando se acerca a la casa, se toca un punto junto al ojo y gira el dedo. Niego con la cabeza e inclino mi arma para que vea que aún la traigo en la mano. Él asiente y, tras sacar su pistola y su linterna de bolsillo, desaparece detrás de un costado de la casa. Tras varios minutos vuelve a mi campo de visión y guarda su arma. Estiro una pierna y engancho el tacón de mi zapatilla en el asa de mi bolsa para acercarla y guardar mi pistola. Odio tener el arma desenfundada cuando hay niños alrededor.

Antes de que podamos siquiera decirnos hola, una ambulancia y un auto de policía, seguidos de un auto sin señas particulares que sin duda también es de la policía, aparecen en la calle sin hacer sonar las sirenas, pero con las luces encendidas. Por fortuna, en cuanto se estacionan las apagan. Algunos vecinos ya están lo bastante nerviosos por vivir cerca de una agente del FBI; sería preferible no despertar a nadie de esta forma.